



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 12 de enero de 2000

María en el camino hacia el Padre

1. Completando nuestra reflexión sobre María al concluir el ciclo de catequesis dedicado al Padre, hoy queremos subrayar su papel en nuestro camino hacia el Padre.

Él mismo quiso la presencia de María en la historia de la salvación. Cuando decidió enviar a su Hijo al mundo, quiso que viniera a nosotros naciendo de una mujer (cf. *Ga* 4, 4). Así quiso que esta mujer, la primera que acogió a su Hijo, lo comunicara a toda la humanidad.

Por tanto, María se encuentra en el camino que va desde el Padre a la humanidad como madre que da a todos a su Hijo, el Salvador. Al mismo tiempo, está en el camino que los hombres deben recorrer para ir al Padre, por medio de Cristo en el Espíritu (cf. *Ef* 2, 18).

2. Para comprender la presencia de María en el itinerario hacia el Padre debemos reconocer, con todas las Iglesias, que Cristo es "el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14, 6) y el único Mediador entre Dios y los hombres (cf. *1 Tm* 2, 5). María se halla insertada en la única mediación de Cristo y está totalmente a su servicio. Por consiguiente, como subrayó el Concilio en la *Lumen gentium*, "la misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia" (n. 60). No afirmamos un papel de María en la vida de la Iglesia fuera de la mediación de Cristo o junto a ella, como si se tratara de una mediación paralela o en competencia con la de Cristo.

Como afirmé expresamente en la encíclica *Redemptoris Mater*, la mediación materna de María "es mediación *en Cristo*" (n. 38). El Concilio explica: "Todo el influjo de la santísima Virgen en la

salvación de los hombres no tiene su origen en ninguna necesidad objetiva, sino en que Dios lo quiso así. Brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella, y de ella saca toda su eficacia; favorece, y de ninguna manera impide, la unión inmediata de los creyentes con Cristo" (*Lumen gentium*, 60).

También María fue redimida por Cristo; más aún, es la primera de los redimidos, dado que la gracia que Dios Padre le concedió al inicio de su existencia se debe "a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano", como afirma la bula *Ineffabilis Deus* del Papa Pío IX (DS 2803). Toda la cooperación de María en la salvación está fundada en la mediación de Cristo, la cual, como precisa también el Concilio, "no excluye sino que suscita en las criaturas una colaboración diversa que participa de la única fuente" (*Lumen gentium*, 62).

La mediación de María, considerada desde esta perspectiva, se presenta como el fruto más alto de la mediación de Cristo y está esencialmente orientada a hacer más íntimo y profundo nuestro encuentro con él: "La Iglesia no duda en atribuir a María esta misión subordinada, la experimenta sin cesar y la recomienda al corazón de sus fieles para que, apoyados en su protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador" (*ib.*).

3. En realidad, María no quiere atraer la atención hacia su persona. Vivió en la tierra con la mirada fija en Jesús y en el Padre celestial. Su deseo más intenso consiste en hacer que las miradas de todos converjan en esa misma dirección. Quiere promover una mirada de fe y de esperanza en el Salvador que nos envió el Padre.

Fue modelo de una mirada de fe y de esperanza sobre todo cuando, en la tempestad de la pasión de su Hijo, conservó en su corazón una fe total en él y en el Padre. Mientras los discípulos, desconcertados por los acontecimientos, quedaron profundamente afectados en su fe, María, a pesar de la prueba del dolor, permaneció íntegra en la certeza de que se realizaría la predicción de Jesús: "El Hijo del hombre (...) al tercer día resucitará" (Mt 17, 22-23). Una certeza que no la abandonó ni siquiera cuando acogió entre sus brazos el cuerpo sin vida de su Hijo crucificado.

4. Con esta mirada de fe y de esperanza, María impulsa a la Iglesia y a los creyentes a cumplir siempre la voluntad del Padre, que nos ha manifestado Cristo.

Las palabras que dirigió a los sirvientes, para el milagro de Caná, las repite a todas las generaciones de cristianos: "Haced lo que él os diga" (Jn 2, 5).

Los sirvientes siguieron su consejo y llenaron las tinajas hasta el borde. Esa misma invitación nos la dirige María hoy a nosotros. Es una exhortación a entrar en el nuevo período de la historia con la decisión de realizar todo lo que Cristo dijo en el Evangelio en nombre del Padre y actualmente nos sugiere mediante el Espíritu Santo, que habita en nosotros.

Si hacemos lo que nos dice Cristo, el milenio que comienza podrá asumir un nuevo rostro, más evangélico y más auténticamente cristiano, y responder así a la aspiración más profunda de María.

5. Por consiguiente, las palabras: "Haced lo que él os diga", señalándonos a Cristo, nos remiten también al Padre, hacia el que nos encaminamos. Coinciden con la voz del Padre que resonó en el monte de la Transfiguración: "Este es mi Hijo amado (...), escuchadlo" (Mt 17, 5). Este mismo Padre, con la palabra de Cristo y la luz del Espíritu Santo, nos llama, nos guía y nos espera.

Nuestra santidad consiste en hacer todo lo que el Padre nos dice. El valor de la vida de María radica precisamente en el cumplimiento de la voluntad divina. Acompañados y sostenidos por María, con gratitud recibimos el nuevo milenio de manos del Padre y nos comprometemos a corresponder a su gracia con entrega humilde y generosa.

Saludos

Deseo saludar a los peregrinos de lengua española; en especial a las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, reunidas en capítulo general, y a las Hermanas de la Caridad Cristiana. Saludo también a la Asociación europea de enfermos de párkinson, así como a los peregrinos de la diócesis argentina de Morón y a los demás grupos de España, Argentina y Colombia. Al invitaros a cumplir siempre como María la divina voluntad, os bendigo con todo mi afecto. Muchas gracias.

(A los peregrinos croatas)

Queridos hermanos y hermanas: la celebración del gran jubileo del año 2000 estimula a los bautizados a acoger con sinceridad el Evangelio en la propia vida y los lleva a redescubrir y abrazar la vocación de cada uno a la santidad, así como toda la esperanza y la riqueza que contiene. El hombre y la mujer de nuestro tiempo están llamados en particular a abrir las puertas a Cristo, único Salvador, para reencontrar la dignidad de toda persona y la esperanza que no defrauda nunca y que proviene de Dios. Saludo de corazón a las estudiantes del instituto femenino de las Religiosas de la Caridad de Zagreb y a los demás peregrinos croatas. A todos imparto de buen grado la bendición apostólica.

(Al Servicio misionero juvenil)

Saludo con afecto al señor Ernesto Olivero y a los jóvenes del SERMIG (Servicio misionero juvenil), que celebra mañana el 35° aniversario de fundación. Queridos jóvenes: proseguid generosamente en este empeño profético al servicio de vuestros coetáneos. Ayudadlos con el ejemplo a redescubrir el inestimable don de la vida y a realizar las grandes potencialidades de

bien presentes en cada uno. Sed signos creíbles de la ternura de Dios en nuestro mundo, que se abre al tercer milenio. Contagiad con vuestro entusiasmo y vuestra adhesión convencida a la lógica del Evangelio a cuantos son víctimas de una peligrosa cultura de la violencia o viven la exaltante época de la juventud en la superficialidad y en la desesperación. Al comienzo de este extraordinario Año jubilar, en el que el Señor abre a todos las puertas de la misericordia, os confío la tarea de ser artífices de su paz, indispensable para realizar en el mundo la fraternidad en la justicia que restituye a cada uno la alegría y el honor de estar llamado a formar parte de la familia de Dios.

* * *

Saludo en particular a los *jóvenes*, sobre todo a los de Velletri y de Montevideo, a los *enfermos* y a los *recién casados*, con el deseo de que vivan en plenitud el año jubilar.

Para muchos de vosotros, queridos *jóvenes*, el jubileo es una experiencia nueva: hacedla vuestra con alegría y con empeño. Vosotros, queridos *enfermos*, cooperad con la divina misericordia, ofreciendo con espíritu de penitencia las pruebas y los sacrificios. Y vosotros, queridos *recién casados*, profundizad en este Año santo la gracia recibida en el sacramento del matrimonio.